

ACTAS Y COMUNICACIONES DEL INSTITUTO DE HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL

VOLUMEN 3 - 2007

EPIGRAFÍA Y MURALLA DE MONTE CILDÁ (AGUILAR DE CAMPOO, PALENCIA): CUESTIONES EN TORNO A LA CRONOLOGÍA * ¹

José Manuel Iglesias Gil
 Alicia Ruiz Gutiérrez
 Universidad de Cantabria

Fecha de recepción: Octubre 2006
 Fecha de aceptación: Octubre 2006

RESUMEN

En este trabajo se aportan precisiones cronológicas, al tiempo que se ofrece una interpretación global de la muralla y del asentamiento de Monte Cildá. Presenta la particularidad de haber sido ocupado de forma intermitente a lo largo de la Antigüedad y de la Alta Edad Media. Su estratégica ubicación geográfica y sus buenas defensas naturales están en el origen de los distintos usos que recibió como fortaleza o como centro de hábitat, dependiendo de los contextos históricos

Finalmente, la muralla ha sido objeto de un estudio completo por nuestra parte con motivo del Congreso celebrado en Lugo en el año 2005, con el título: Murallas de ciudades romanas en el Occidente del Imperio. *Lucus Augusti* como paradigma.

ABSTRACT

In this paper we provide details of timing, while offering a comprehensive understanding of the wall and the settlement of Mount Cilda. Has the peculiarity of having been occupied intermittently throughout antiquity and the early Middle Ages. Its strategic location and good natural defenses are at the origin of the different uses that you received as strong or as habitat center, depending on the historical contexts

Finally, the wall has undergone a comprehensive study on our part during the Congress held in Lugo in 2005, with the title: Walls of Roman cities in the west of the Empire. *Lucus Augusti* as a paradigm

PALABRAS CLAVES

Epigrafía – Yacimiento arqueológico - Monte Cildá – Antigüedad – Edad Media

KEY WORDS

Epigraphy- Archaeological site - Monte Cildá – Antiquity - Middle Ages

* El presente trabajo corresponde a la conferencia dictada por el Dr. Iglesias Gil en el Instituto de Historia Antigua y Medieval en Buenos Aires el día 19 de octubre de
<http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/historiaantiguaymedieval/iglesias.htm>

¹ Este estudio se inserta en el Proyecto de Investigación I+D (2004-2007) .La cronología de las inscripciones romanas del noroeste de la Península Ibérica. (HUM2004-02923/HIST).

El yacimiento arqueológico de Monte Cildá se encuentra en el término municipal de Aguilar de Campoo, cerca de los pueblos de Olleros de Pisuerga y Mave, en el noreste de la provincia española de Palencia (figura 1). Se trata de un castro prerromano que debió de ser ocupado en la segunda mitad del siglo I a. C. y que, tras experimentar desde mediados de la centuria siguiente un largo período de abandono, fue reocupado en época tardorromana, hacia fines del siglo IV o inicios del V, momento en que se puede datar la construcción de la muralla, como más adelante se detallará. Durante la dominación visigoda esta obra de fortificación fue mantenida y, posiblemente, se reforzó para dar respuesta a nuevas necesidades militares. Finalmente, en algún momento del mismo período visigodo o ya en la Alta Edad Media la muralla comenzó a arruinarse, coincidiendo con la concentración del hábitat en el extremo sudeste del castro, donde se prolongó a lo largo de los siglos IX y X.

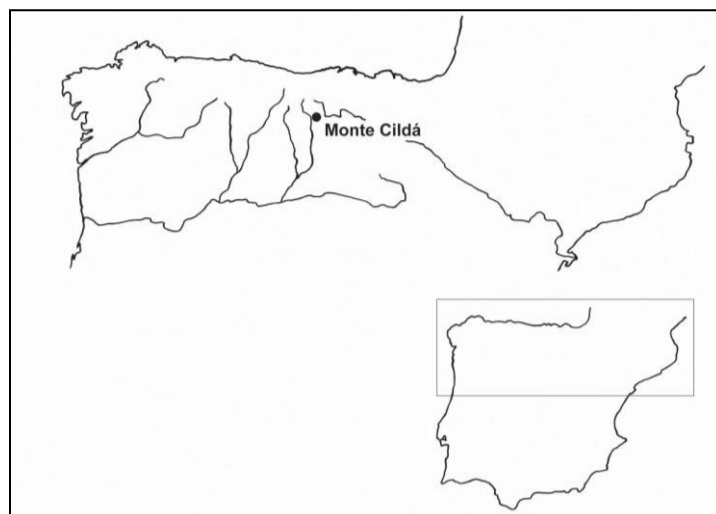


Figura 1

El cerro sobre el que se asienta el castro se erige, con una altitud de 979 metros sobre el nivel del mar, a la orilla derecha del río Pisuerga, que en este punto desciende encajonado en dirección al Duero por el Cañón de La Horadada (figura 2). En la Antigüedad, esta zona de tránsito entre la Meseta Castellana y la Cordillera Cantábrica se correspondía con el territorio meridional de los pueblos cántabros, conquistados por Augusto en los años 29-19 a. C. El enclave de Monte Cildá debió de tener en época romana un notable valor estratégico al facilitar el control de la confluencia de los ríos Pisuerga y Camesa, por donde discurría la vía romana que comunicaba la Meseta y cuenca alta del Ebro con la costa cantábrica. Esta vía, de la que han llegado a nosotros varios miliarios², ascendía por la cuenca del río Pisuerga y enlazaba, a través de su afluente Camesa, con el valle del Besaya, siguiendo su curso hasta la costa cántabra, en concreto hasta *Portus Blendium* (Suances) y *Portus Victoriae Iuliobrigensium* (Santander).



Figura 2

² Nos referimos al posible ejemplar de Augusto hallado en Menaza (Palencia) y a los miliarios de Decio descubierto en Camesa-Rebolledo (Valdeolea), Aureliano procedente de Pedredo (Arenas de Iguña), Caro o Carino localizado en Celada Marlantes (Campoo de Enmedio) y Constantino, descubierto en las inmediaciones del yacimiento del centro urbano de *Iuliobriga* (Iglesias, Muñiz, 1992, pp. 129-130; *ERCan*, pp. 106-107).

El recinto castreño tiene una superficie de unas doce hectáreas. Se trata de una plataforma oblonga, con orientación noroeste-sudeste, de difícil acceso en la mayor parte de su perímetro, debido a que el estrato rocoso de la parte superior está cortado de forma abrupta, principalmente en los lados meridional y oriental, que miran al Pisuerga. El lado noroeste es el único fácilmente accesible al ser mucho menos acusada la pendiente. En esta zona se erigió la muralla tardoantigua y quizás también otras defensas más antiguas ligadas al primer período de ocupación del castro, si bien de éstas no han llegado a localizarse restos.

1. Estado de la investigación

A fines del siglo XIX, Romualdo Moro realizó las primeras investigaciones y trabajos arqueológicos en Monte Cildá, por encargo y bajo el mecenazgo del Marqués de Comillas, gran aficionado y coleccionista de antigüedades. Además de Monte Cildá, R. Moro investigó otros castros de la Protohistoria cántabra, como el de Monte Bernorio (Aguilar de Campoo, Palencia) y el de Peña Amaya, en la provincia de Burgos. Fruto de sus excavaciones fue el hallazgo de un importante conjunto de restos arqueológicos, del que nos ha quedado una documentación en general escasa y poco detallada. Se trata de cartas que este investigador envió al epigrafista Fidel Fita con objeto de ponerle al corriente de sus descubrimientos de inscripciones romanas reutilizadas en la muralla de Monte Cildá y en otros lugares de su entorno. A esta correspondencia, conservada en el Archivo de la Real Academia de la Historia, en Madrid, hay que añadir el informe de las excavaciones en este yacimiento, publicado en un breve artículo aparecido en 1891 en el Boletín de la Real Academia de la Historia donde se recoge también la memoria correspondiente a Monte Bernorio³. De la lectura de estos escritos de R. Moro se desprende que sus excavaciones en Monte Cildá se concentraron en la muralla, donde comenzaron a extraerse con una finalidad de estudio y coleccionismo los primeros epígrafes romanos; no obstante, el castro fue explorado en toda su extensión y se practicaron sondeos en varios puntos del mismo, dando como resultado el descubrimiento de objetos arqueológicos y varias estructuras arquitectónicas, cuya ubicación fue señalada en un croquis del yacimiento.

Desde los trabajos de R. Moro comenzaron a proliferar las referencias a Monte Cildá en los estudios históricos sobre Cantabria en la Edad Antigua; no obstante, hasta el año 1963, en que se iniciaron las excavaciones arqueológicas bajo la dirección de M. A. García Guinea, el yacimiento apenas fue objeto de investigaciones de campo. En 1942, el arqueólogo e historiador alemán A. Schulten publicó los resultados de unas prospecciones en este lugar, como parte de un estudio general sobre los castros prerromanos de la antigua Cantabria⁴. Su reconocimiento del terreno dio lugar a observaciones poco dignas de crédito, pues afirmó que la muralla recorría todo el perímetro del castro, lo cual es impensable teniendo en cuenta su gran extensión. Además, como ya se ha indicado, en la mayor parte del mismo el escarpe rocoso hace innecesaria la presencia de una fortificación artificial. Por lo que respecta a la descripción de fosos y vallados que, según A. Schulten, habrían complementado la defensa en el lado septentrional, éstos tampoco se comprueban sobre el terreno. En el mismo artículo se planteó la identificación de Monte Cildá con *Vellica*, incluida por el geógrafo griego Ptolomeo en la lista de ciudades cántabras del interior⁵. Esta interpretación, que fue y continúa siendo recogida por otros autores, se basaba en el hallazgo en Monte Cildá del epígrafe dedicado a *Vale(rius) Quadratus Boddi filius Vellic(um)*⁶ (figura 3); sin embargo, hoy en día sabemos que el término *Vellicum* posiblemente no aludía a la *civitas* de dicho individuo, sino a su grupo de parentesco (*cognatio*), derivado del antropónimo indígena *Vellicus*. Por otra parte, aún suponiendo que estuviéramos ante una alusión a *Vellica*, es preciso tener en cuenta que la *origo* solía indicarse en el caso de individuos que no se encontraban dentro de los límites de su *civitas*, de manera que tampoco podría usarse como argumento para tal identificación geográfica.

³ Moro (1891), pp. 426-440.

⁴ Schulten (1942), p. 15.

⁵ Desde *Asturia* hacia oriente habitan los cántabros, cuyas ciudades de interior son: *Konkana*, (12° 10., 44° 55.), *Ottaviolka* (12° 40., 44° 50.), *Argenomeskon* (12°, 44° 30.), *Vadinia* (11° 50., 44° 25.), *Vellika* (12° 30., 44° 15.), *Kamarika* (11° 40., 44° 5.) *Iuliobriga* (12° 10., 44°), *Moroika* (11° 45., 43° 50.). (Ptolomeo, II, 6, 50).

⁶ *CIL* II, 6297. Fita, 1891 a, pp. 290-291. García Guinea, González Echegaray, San Miguel, 1966, nº 21, pp. 45-46. Iglesias, 1976, nº 32.



Figura 3 - Estela de *Valerius Quadratus* datada en el año 238 D.C.

Entre los años 1963 y 1969 se sucedieron las excavaciones arqueológicas dirigidas por M. A. García Guinea en Monte Cildá⁷, las cuales proporcionaron el grueso de la documentación de que disponemos hoy en día sobre este antiguo asentamiento cántabro. La realización de varios sondeos estratigráficos, tanto en la muralla como en la zona intramuros próxima a ésta, permitió establecer por primera vez de forma metódica los distintos períodos de ocupación del castro. Las excavaciones se concentraron en la muralla (Área II), que fue sacada a la luz en toda su extensión. Además de la muralla, otras cuatro áreas del yacimiento fueron objeto de sondeos arqueológicos (figuras 4 y 5). Las memorias de excavación se publicaron en dos monografías: en la primera se recogieron los resultados de las campañas de 1963 a 1965 y en la segunda los correspondientes a los trabajos de 1966 a 1967.

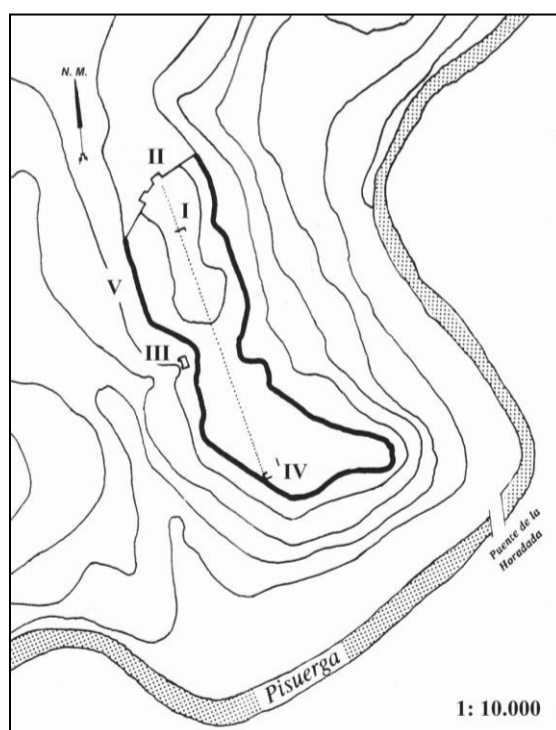


Figura 4
Localización de las áreas excavadas en Monte Cildá (M. A. García Guinea *et alii*, 1966)

⁷ García Guinea, González Echegaray, San Miguel (1966); García Guinea, Iglesias, Caloca (1973)

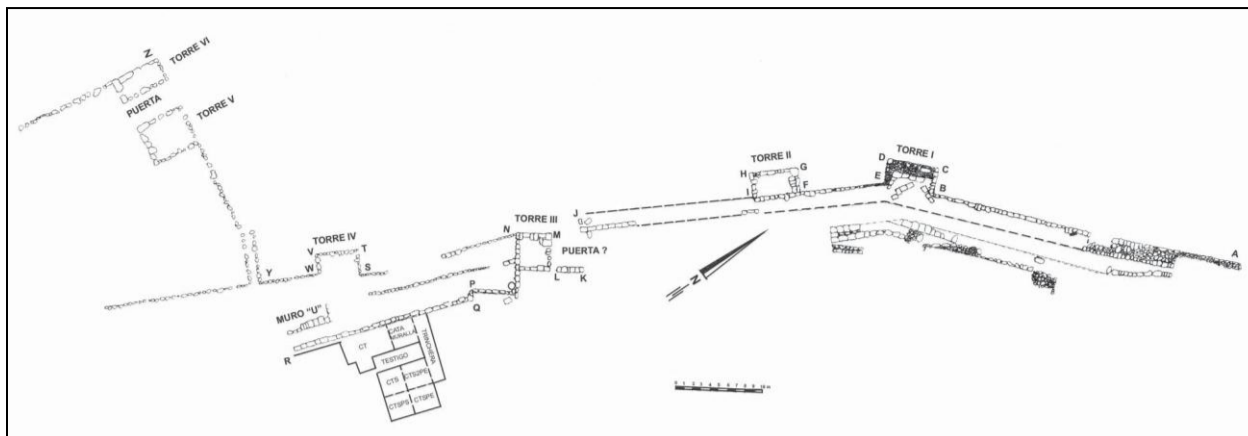


FIGURA 5
Plano general de la muralla (M. A. García Guinea *et alii*, 1973)

Con posterioridad a los trabajos dirigidos por M. A. García Guinea en Monte Cildá, se han sucedido otras investigaciones y se han dado a conocer nuevos hallazgos arqueológicos. La revisión de las estratigrafías y un estudio de materiales que permanecían inéditos fueron abordados en 1993 por uno de nosotros con motivo de su Tesis Doctoral. En este trabajo se aportan precisiones cronológicas, al tiempo que se ofrece una interpretación global de la muralla y del asentamiento de Monte Cildá⁸. En 1993, se dio a conocer el hallazgo de una *tessera* de hospitalidad con el epígrafe *Turiasica / car*⁹. En el año 2001, el yacimiento fue objeto de otra intervención arqueológica que, una vez más, se concentró en la muralla, concretamente en la zona de la entrada ubicada entre las Torres V y VI, donde se realizaron labores de excavación, limpieza y consolidación de la estructura defensiva¹⁰. Tres años más tarde, se publicó un puñal biglobular que cabe relacionar con el primer período de ocupación en Monte Cildá¹¹. Finalmente, la muralla ha sido objeto de un estudio completo por nuestra parte con motivo del Congreso celebrado en Lugo en el año 2005, con el título: *Murallas de ciudades romanas en el Occidente del Imperio. Lucus Augusti como paradigma.*, cuyas actas han sido recientemente publicadas¹².

2. Etapas de ocupación en Monte Cildá

Monte Cildá presenta la particularidad de haber sido ocupado de forma intermitente a lo largo de la Antigüedad y de la Alta Edad Media. Su estratégica ubicación geográfica y sus buenas defensas naturales están en el origen de los distintos usos que recibió como fortaleza o como centro de hábitat, dependiendo de los contextos históricos. A pesar de la intensa investigación arqueológica desarrollada en el yacimiento, aún persisten muchos interrogantes sobre el desarrollo y naturaleza de los sucesivos asentamientos. A este respecto, hay que tener en cuenta que la mayoría de los esfuerzos se han volcado en la muralla, de manera que falta información sobre el desarrollo del hábitat en el interior del recinto fortificado.

2. 1. Del la primera ocupación del castro al abandono a mediados del siglo I

La primera población en Monte Cildá probablemente se remonta al final de la época prerromana en el área cantábrica. En un principio, el inicio de la ocupación se dató en los siglos II-I a.C.¹³, pero con la información disponible hoy en día creemos que éste no fue anterior a mediados del siglo I a.C.¹⁴. En concreto, nos basamos en la datación de los abundantes restos de cerámica pintada tardoceltibérica que fueron hallados en los niveles más profundos del castro, junto con vasijas realizadas a mano de tradición indígena. El hallazgo también de fragmentos de *terra sigillata* itálica datada en la época de los emperadores Augusto y Tiberio permite afirmar que el castro no fue despoblado de forma inmediata tras la conquista romana, circunstancia que también se comprueba en el cercano asentamiento de Monte Bernorio. La fecha de abandono de esta primera etapa de ocupación en Monte Cildá puede fijarse, con seguridad, a mediados del siglo I de nuestra era, pues no han sido hallados restos de *terra sigillata* gálica, cuya difusión en la zona se comprueba desde el reinado del emperador

⁸ Ruiz (1993), pp. 167-180.

⁹ Peralta (1993), pp. 223-226.

¹⁰ La dirección de los trabajos corrió a cargo de O. A. Alonso Gregorio y fueron ejecutados por la empresa Alacet Arqueólogos, S.L (Alonso, 2004, p. 35-36). J. Del Val y C. Escribano recogieron la noticia sobre esta intervención arqueológica (Del Val, Escribano, 2005, pp. 124-125).

¹¹ Alonso (2004), pp. 35-45.

¹² Iglesias, Ruiz (2007), pp. 451-465

¹³ García Guinea, Iglesias, Caloca (1973), p. 7

¹⁴ Ruiz (1993), p. 288.

Claudio¹⁵, y tampoco han aparecido vasijas de *terra sigillata* hispánica altoimperial. En cuanto a los restos arquitectónicos asignables a esta primera etapa de ocupación en Monte Cildá, nuestra información se reduce al suelo empedrado de una cabaña de planta circular, excavada en el Área III del yacimiento, y a los restos de un muro de mampostería asociado a un pavimento de piedra detectado en la zona interna de la muralla, entre las Torres I y II (figura 6, muro C y muro cántabro ?)¹⁶.

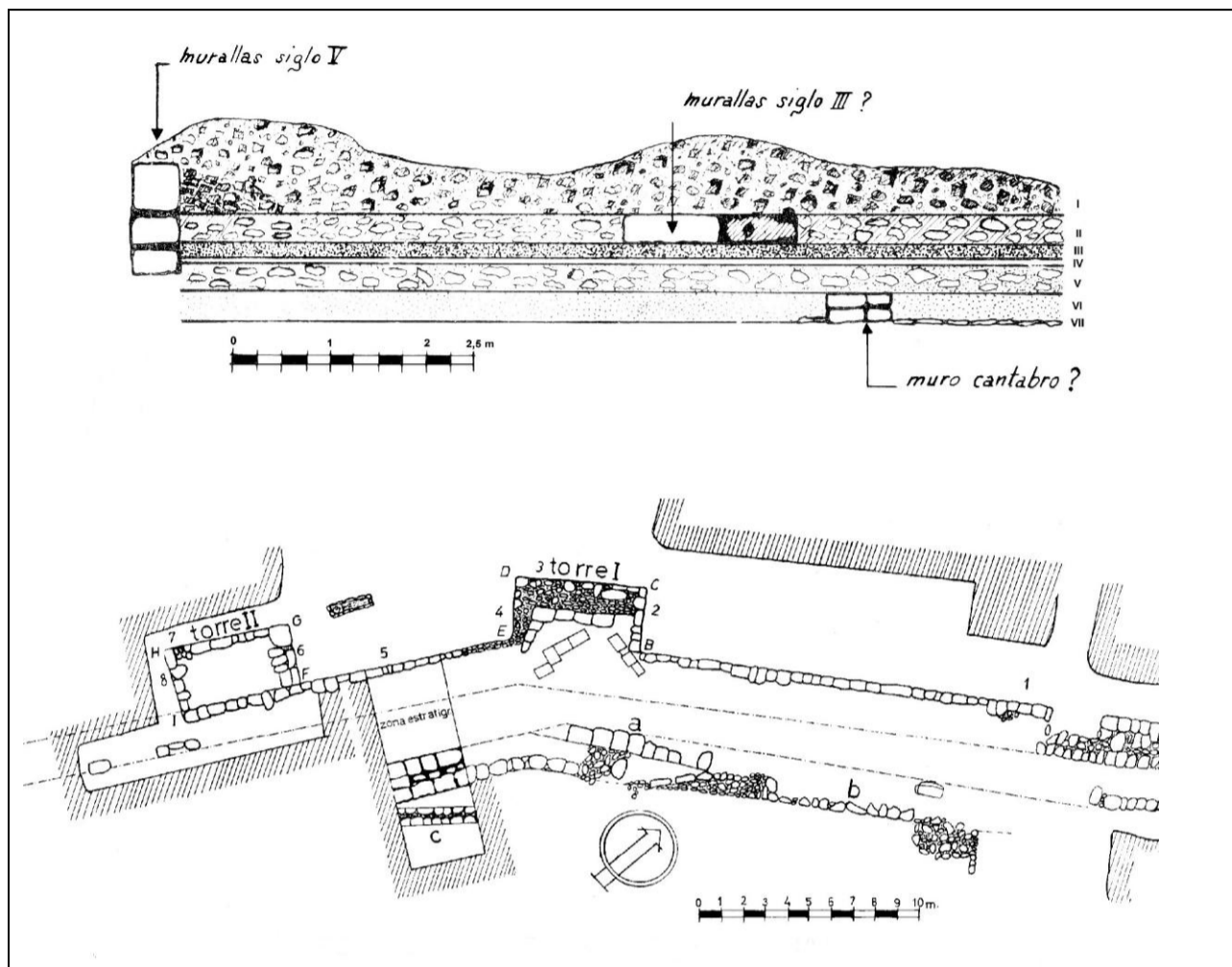


FIGURA 6

Corte estratigráfico de la muralla (M. A. García Guinea *et alii*, 1966)

El abandono de Monte Cildá coincidió con el traslado a la frontera del Rin de la *legio IIII Macedonica*, cuyo campamento había estado situado a escasos kilómetros, en Herrera de Pisuerga, en torno a la antigua *Pisoraca*¹⁷. Aunque ambos acontecimientos no tuvieron por qué estar directamente relacionados y el despoblamiento de Monte Cildá pudo ser fruto de un traslado paulatino de los moradores del castro a las zonas llanas de las inmediaciones, también cabe plantear la posible utilización de este lugar elevado como puesto de vigilancia militar, el cual habría desaparecido tras la partida de la legión hacia el año 39 d.C. El abandono del antiguo castro también coincidió con el inicio de un asentamiento romano en la zona llana más próxima, concretamente en Santa María de Mave, localidad situada a dos kilómetros y medio de Monte Cildá. La intervención arqueológica dirigida en dicho lugar por M. A. García Guinea durante la campaña de 1967 facilitó el hallazgo de *terra sigillata* hispánica que puede datarse a partir de la época flavia y hasta el siglo III, esto es, en el período en que Monte Cildá estuvo abandonado¹⁸. Por el contrario, en Santa María de Mave no se documentaron restos de una ocupación en la Antigüedad Tardía, que sin embargo sí se manifiesta en Monte Cildá. Esta complementariedad en la cronología de uno y otro yacimiento arqueológico ha invitado a pensar en un fenómeno de traslación del hábitat local entre el llano y el emplazamiento en altura, en función de las circunstancias históricas de las distintas épocas.

Varios investigadores han debatido acerca del nombre del *oppidum* o de la *civitas* romana que pudieran identificarse con estos lugares de Monte Cildá y Mave.

¹⁵ Pérez González (1989), pp. 263-32411 Alonso (2004), pp. 35-45.

¹⁶ En el nivel de uso asociado a esta construcción (nivel III) se hallaron un as de Claudio y un ejemplar de *terra sigillata* itálica con sello de *Umbricius*.

¹⁷ Pérez González (1999), pp. 546-549

¹⁸ García Guinea, Iglesias, Caloca (1973), pp. 11 y 47.

Entre las hipótesis barajadas está la posible correspondencia con el lugar amurallado de *Bergida*, donde según Floro se libró una de las batallas de las Guerras Cántabras: *primum aduersus Cantabros sub moenibus Bergidae Proeliatum*¹⁹. El mismo lugar aparece citado como *Attica* por el historiador Orosio: *tunc demum Cantabri sub moenibus Atticae maximo congressi bello*²⁰. Esta identificación con *Bergida-Attica*, además de carecer de un argumento de peso que la sustente, choca con el inconveniente de que en Monte Cildá no está documentada una muralla prerromana. Por otra parte la identificación propuesta por A. Schulten²¹ con la ciudad cántabra de *Vellica* citada por Ptolomeo, que a su vez desde el siglo XVI ha tendido a ser asimilada con *Bergida/Attica*, carece igualmente de justificación, como ya se ha indicado. Por último, debemos considerar la localización en el territorio de Monte Cildá-Mave de la *civitas Maggaviensium* citada únicamente en la *tessera* de hospitalidad hallada en Herrera de Pisuerga²². M. L. Albertos defendió esta teoría basándose en la posible derivación del topónimo actual de Mave del antiguo de *Maggavia*²³. Puesto que la citada *tessera* de hospitalidad está datada en el año 14 d. C., cabe plantear la posibilidad de que el *oppidum* central de esta *civitas* hubiera estado en un primer momento en lo alto del castro, trasladándose después a la zona de Mave.

2. 2. ¿Una primera muralla del siglo III?

En la memoria de las excavaciones realizadas de 1963 a 1965 se planteó la posible existencia de una muralla del siglo III en Monte Cildá, la cual habría precedido y quedado integrada en otra más moderna, datada por los excavadores a comienzos del siglo V. Esta primera muralla, que finalmente fue descartada de forma implícita en la publicación de las excavaciones de 1966 a 1969, se relacionó con las invasiones en Hispania de francos y alamanes, en tiempos, respectivamente, de los emperadores Galieno y Probo. Al margen de que las consecuencias de estas invasiones acabaron siendo cuestionadas en la historiografía, en especial las correspondientes a la supuesta oleada de alamanes²⁴, esta interpretación se correspondía con la tendencia generalizada en las décadas centrales del siglo XX a valorar la construcción de las murallas tardorromanas como respuesta ante un peligro de invasión externa del que había que defenderse. De hecho, la fechación de la segunda muralla de Monte Cildá en el siglo V, aunque se apoyó en los resultados de las estratigrafías, principalmente fue justificada por la evidencia histórica de las invasiones de suevos, vándalos y alanos que afectaron a la Península Ibérica en el año 409. En la actualidad, la investigación ha puesto de manifiesto que la fortificación de centros habitados a lo largo de la Antigüedad Tardía responde a una dinámica mucho más compleja, en la que no siempre influyó la amenaza externa o episodios de inestabilidad política²⁵.

La interpretación de una parte de los restos de muralla de Monte Cildá como correspondientes a una primera defensa del siglo III tiene su origen en el sondeo practicado en 1965 entre las Torres I y II, donde se localizaron dos paramentos (figura 6). En un primer momento, los niveles I y II de este sondeo se asociaron al período de utilización y destrucción de la muralla y los niveles III al VII al primer período de ocupación del castro. Asimismo, se interpretó que el paramento más interno pudiera haber pertenecido a una primera muralla del siglo III, en tanto que el externo formaría parte de una nueva fortificación o reforma de la anterior realizada a comienzos del siglo V²⁶. Posteriormente, se rectificó la datación de esta estratigrafía: los niveles I-IV se atribuyeron a los siglos V-VIII y los niveles V-VII al siglo I²⁷. De estos nuevos datos se deduce que el paramento interno de muralla no puede datarse en el siglo III, pudiendo ser más moderno que el exterior. En conclusión, la existencia de una muralla del siglo III

¹⁹ Floro, II, 33, 49-50.

²⁰ Orosio, VI, 21, 5-6.

²¹ *Vid.* nota 4.

²² Esta *tessera* de bronce con forma de jabalí presenta texto en cada una de sus caras, donde se recogen los términos del *hospitium*. Cara A: .Sex(to) Pompeio, Sex(to) Appuleio co(n)s(ulibus), / k(alendis) Augustis, / Caraegius et Abuanus et Caelio mag(istratus) et / senatus Maggavienses Amparamum / Nemaiecanum Cusaburensim / civitate honoraria donata, libertos / posterosque ita vota omnia ei fecerunt, / finibus Maggav(i)ensium, quae / civi Maggaviensiu(m).. Cara B: .Sex(to) Pompeio, Sex(to) Appuleio / co(n)s(ulibus), Amparamus Nemaioq[um], / [Cu]saburensis hospitium fecit cum / civitate Maggav(i)ensium, sibi liberis liber/ [t]isque posterosque suis eunque liberos, / libertos posterosq(ue) eius omnis Maggav(i)e(n)s/es in hospitium, fidem clientelamque suam / suorumqu<e> receper(un)t eademq(ue) condicione / esset qua civi<s>, per mag(istratus) Caelione(m) / et Caraegium et Aburnum / actum.. (García y Bellido, 1966, pp. 149-166; AE 1967, 239.

²³ Albertos (1975), p. 79.

²⁴ Arce, 1978, pp. 257-269.

²⁵ Fuentes (1997), pp. 482-485.

²⁶ García Guinea, González Echeagaray, San Miguel (1966), pp. 18, 24-25 y 27.

²⁷ García Guinea, Iglesias, Caloca (1973), p. 8.

en Monte Cildá debe descartarse, al carecer tanto de justificación histórica, como de fundamento arqueológico²⁸.

2. 3. Enclave fortificado de época tardorromana y visigoda

La reocupación de Monte Cildá en época tardorromana está ligada a la construcción de la muralla. Las ruinas que han llegado a nosotros de esta obra de fortificación son difíciles de interpretar, debido a la erosión que ha ido provocando el paso del tiempo y a las remociones realizadas por gentes del lugar con el fin de obtener sillares para su reutilización. Asimismo, la muralla ha sufrido alteraciones provocadas por los trabajos arqueológicos de Romualdo Moro a fines del siglo XIX y la consiguiente extracción de epígrafes romanos.

Por lo que respecta a otros restos arquitectónicos que pudieran relacionarse con el recinto defendido por esta muralla, nuestro conocimiento de los mismos es bastante escaso. En el Área I del yacimiento, en la zona intramuros del noroeste, con motivo de un sondeo realizado en 1963 se puso al descubierto parte de un edificio datado en época tardorromana y visigoda, donde aparecieron vasijas de *terra sigillata* hispánica tardía, cerámica estampada y cerámica común²⁹. En el Área IV aparecieron también algunos restos de *terra sigillata* hispánica tardía y de cerámicas estampadas que apuntan a una posible ocupación de esta zona sudeste del recinto ya desde la época tardorromana. El grueso de la documentación arqueológica, sin embargo, indica que en esos momentos la población estuvo concentrada en el sector noroeste, no lejos de la muralla, siendo más tarde, en el período de Reconquista y Repoblación, cuando se estableció un pequeño poblado en el sudeste. En efecto, durante las campañas de 1963 y 1969 se descubrieron en el Área IV edificios datados en los siglos VIII-X³⁰ y gran abundancia de cerámica de Repoblación, con decoración estriada e incisa. La ausencia casi total de cerámicas pintadas altomedievales, cuya difusión en la zona se sitúa a partir del siglo XI, determina la fecha de abandono definitivo de Monte Cildá a finales del siglo X.

La muralla, con una longitud de unos 140 metros, tuvo por finalidad la defensa del flanco noroeste del altozano. Su trazado, adaptado a la topografía, no es lineal, sino que se divide en dos tramos con distinta orientación. El primero abarca desde el extremo noreste hasta la Torre IV, mientras que el segundo está orientado hacia el oeste, englobando las Torres V y VI. Este segundo tramo del encintado protegía el acceso al castro a través de un camino que facilitaba el ascenso al recinto desde la zona llana y que, una vez alcanzada la cima, lo bordeaba por su lado occidental.

Desconocemos la altura originaria de la muralla. Esta fue estimada en tan sólo tres metros durante las excavaciones dirigidas por M. A. García Guinea. En concreto, la referencia se tomó en la Torre I, donde se descubrió una plataforma de vigilancia a una altura de 1,55 m, considerada como parte de un posible paseo de ronda (figuras 7 y 8). Además se consideró que el derrumbe del paramento externo de esta misma torre incluía todas sus hiladas, elevándose a una altura de 1,45 metros sobre dicha plataforma, lo que habría facilitado la visión de posibles vigías. Como ya hemos señalado en otro lugar, esta interpretación no es segura, pues la visión desde la plataforma pudo haberse facilitado a través de un vano o ventana del muro, en cuyo caso la altura total de la muralla pudo ser superior a los 3 metros. Por otra parte, es imposible saber cuántas hiladas de la Torre I han desaparecido con el paso del tiempo³¹.



FIGURA 7 – TORRE I

²⁸ C. Fernández Ochoa y A. Morillo manifestaron sus dudas sobre la existencia de dos murallas en Monte Cildá con tan escaso margen de separación cronológica entre una y otra (Fernández Ochoa, Morillo, 1991, p. 247).

²⁹ García Guinea, González Echegaray, San Miguel, 1966, pp. 10-11.

³⁰ García Guinea, González Echegaray, San Miguel (1966), p. 13. García Guinea, Iglesias, Caloca (1973), p. 37.

³¹ Iglesias, Ruiz (2007), p. 457.

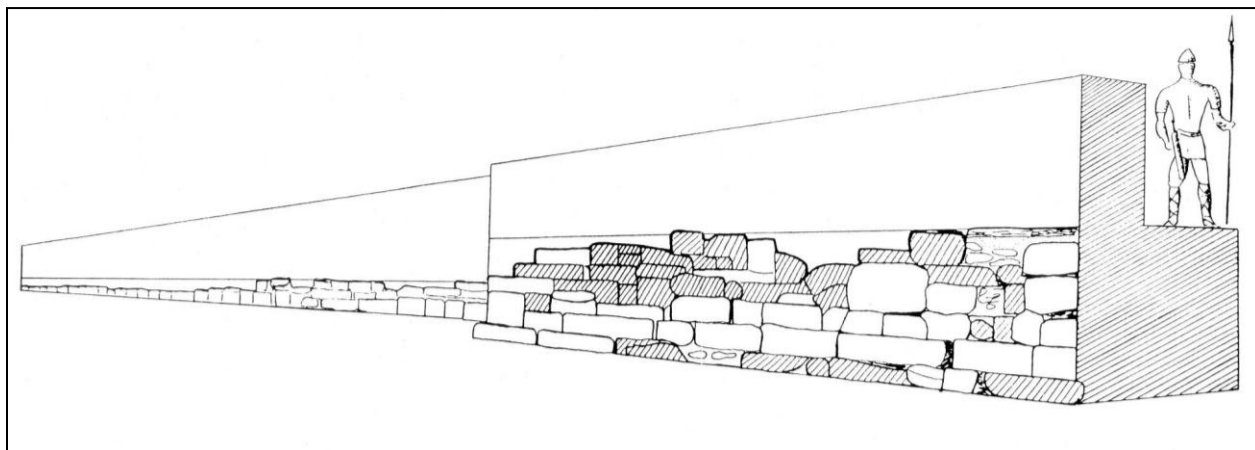


FIGURA 8

Reconstrucción hipotética de la muralla, según M. A. García Guinea *et alii* (1973)

En cuanto a la anchura de la muralla, igualmente ésta es difícil de determinar. En el extremo noreste se conserva en buen estado un tramo de muro de 2,20 metros de anchura, el cual presenta una base de cimentación ligeramente más ancha (figura 9). Esta anchura de poco más de dos metros resulta escasa si se tienen en cuenta las dimensiones de otros ejemplos de murallas tardorromanas De la Península Ibérica³². Si a esto se une que existen paramentos interiores (figura 9, muros a y b), interpretados en un primer momento como parte de una primera fortaleza del siglo III que debe ser rechazada, cabe pensar que la anchura de la muralla pudo ser muy superior o bien que el lienzo originario de 2,20 metros en algún momento fue engrosado.



FIGURA 9

Vista de la muralla desde el extremo noreste. Al fondo Torre I.

La muralla presenta seis torres adosadas de planta rectangular que no guardan una misma distancia entre sí, lo cual es una característica habitual de las murallas tardoantiguas³³. Las Torres I y II están proyectadas hacia el exterior, con unas dimensiones muy parecidas, de aproximadamente seis metros de longitud por tres de anchura. La Torre III presenta planta casi cuadrangular (4 x 4,5 m) y pudiera tener por objeto la protección de una entrada acodada al recinto. La Torre IV, proyectada hacia el exterior, mide cinco metros de longitud por dos y medio de anchura en su paramento norte y tres en el meridional. Por último, las Torres V y VI, de cinco por seis metros y cinco por tres respectivamente, flanqueaban una entrada de acceso directo al castro (figura 10). En el vano de esta entrada, de 3,20 metros de anchura, se han documentado las huellas del anclaje de los goznes de la puerta.

³² La anchura de otras murallas nunca es inferior a tres metros y, en la mayoría de los casos, oscila entre tres y seis (Fernández Ochoa, 1997, p. 238).

³³ Fernández Ochoa, Morillo (1992), p. 341.



FIGURA 10
Entrada de la muralla entre las Torres V y VI

3. El conjunto epigráfico de Monte Cildá y la datación de la muralla

En función del aparejo y del tipo de materiales utilizados, la muralla de Monte Cildá puede dividirse en dos partes. La primera comprende las Torres I, II y III y abarca desde el extremo noreste hasta el muro U. (figura 5). Ésta se caracteriza por presentar grandes sillares de arenisca y un gran número de inscripciones y materiales de construcción romanos reutilizados, como fragmentos de cornisa, sillares, basas y fustes de columna. La segunda parte de la muralla, que comprende los restos de paramentos externos a partir de la Torre III, así como la Torre IV y la entrada flanqueada por las Torres V y VI, muestra un aparejo de mampostería, con la inclusión de pequeños sillares de piedra caliza, y carece por completo de epígrafes u otros elementos reutilizados de edificios o necrópolis más antiguos. Estas diferencias entre una y otra parte de la muralla denotan la existencia de dos fases constructivas, que podrían corresponder a épocas diferentes.

Cabe imaginar que las inscripciones y materiales de construcción reutilizados en la primera parte de la muralla provendrían de lugares más o menos próximos del entorno de Monte Cildá, quizás de la zona de Mave donde se había desarrollado el hábitat en la época en que el castro estuvo desocupado. Romualdo Moro extrajo, al menos, dieciséis inscripciones del yacimiento y localizó otras doce en pueblos cercanos a Monte Cildá, probablemente originarias también de la muralla: nueve en varias casas de Olleros de Pisuerga y otras tres en Valoria de Aguilar³⁴. Todas estas inscripciones fueron estudiadas y publicadas en un primer momento por F. Fita³⁵. Informado por éste, E. Hübner incorporó una parte de los descubrimientos en el *Supplementum del Corpus Inscriptionum Latinarum*, en 1892³⁶, y otra parte en el volumen VIII de *Ephemeris Epigraphica*, en 1899³⁷. Hay que considerar también la probable procedencia de Monte Cildá de otras cuatro piezas de la colección del Marqués de Comillas que no fueron estudiadas en su día por F. Fita, posiblemente por conservar poco texto o ser anepígrafas. Éstas aparecen recogidas en la memoria de las primeras campañas de excavación dirigidas por M. A. García Guinea, junto con los epígrafes hallados con seguridad por R. Moro y los nuevos descubrimientos epigráficos³⁸. Las excavaciones arqueológicas de 1963 a 1969 proporcionaron el hallazgo de veintidós nuevas inscripciones romanas en distinto estado de fragmentación y veintitrés fragmentos anepígrafos. Por consiguiente, al terminar las excavaciones en Monte Cildá, el total de piezas epigráficas de segura o probable procedencia de este lugar se elevaba a más de cincuenta.

El estudio de estos materiales, en especial de las inscripciones datadas, permite aproximarnos a la cronología de la muralla. Otros indicadores para precisar la datación son la tipología de la construcción y las estratigrafías. En cuanto a la tipología, observamos que las características edilicias de esta fortificación son comunes al conjunto de murallas de la Antigüedad Tardía en Hispania, tanto del Bajo Imperio romano como de la época visigoda: adaptación al terreno, torres angulosas de módulo irregular, puerta de acceso directo flanqueada por torres, paramentos de sillería y mampostería, etc. Por lo que respecta a las estratigrafías, los sondeos practicados en la

³⁴ Moro (1891), pp. 427-428.

³⁵ Fita (1891 a), pp. 290-296; *Idem* (1892), pp. 537-544

³⁶ *CIL* II, 6296-6304.

³⁷ *Eph.Ep.* VIII, 159-164.

³⁸ García Guinea, González Echeagaray, San Miguel, 1966, nº 32-34 y 36, pp. 55-57.

muralla permitieron documentar que ésta se cimentó sobre los niveles arqueológicos del primer período de ocupación del castro y que los estratos correspondientes a su uso datan de la época tardorromana y visigoda. Tras las excavaciones dirigidas por M. A. García Guinea la fecha de construcción de la muralla se concretó a comienzos del siglo V, basándose en acontecimientos históricos (invasiones del año 409) y en la ausencia de *terra sigillata* hispánica tardía decorada a molde con el .estilo de grandes círculos., que por aquel entonces se databa en el siglo IV³⁹. Sin embargo, la revisión de los materiales arqueológicos del yacimiento nos ha permitido comprobar que sí se documenta, aunque con un solo ejemplar, *terra sigillata* del .estilo de grandes círculos. y, en mayor medida, vasijas del denominado por F. Mayet .primer estilo tardío.. La cronología de todas estas cerámicas debe centrarse de forma genérica en los siglos IV y V⁴⁰.

El conjunto epigráfico de Monte Cildá incluye monumentos votivos (figura 11) dedicados a varias divinidades (*Iuppiter Optimus Maximus*, *Cabuniaeginus*, *Mater Deum*), estelas funerarias, en ocasiones bellamente decoradas (figura 12), y un gran sillar donde se lee, con letras capitales cuadradas de 18 cm de altura, *Caesa[.]*, el cual debió de haber sido extraído de algún edificio público del entorno de Monte Cildá⁴¹ (figura 13). En las inscripciones figuran tanto peregrinos con nombres indígenas como ciudadanos romanos de onomástica latina o mixta, algunos de ellos con *tria nomina*. En general, el estudio de la paleografía, de la onomástica y formularios de los epígrafes revela que éstos corresponden a un amplio período de tiempo, que podría abarcar desde mediados del siglo I hasta comienzos del IV. Nuestra atención debe centrarse en los epígrafes con fecha, ya que proporcionan *termini post quem* de la construcción de la muralla. Se trata de dos ejemplares, uno de ellos datado por los cónsules y el otro por la era consular⁴².



FIGURA 11
Ara a Cabuniaegino hallada en Monte Cildá

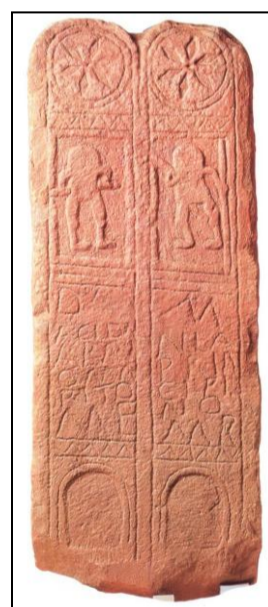


FIGURA 12
Estela funeraria de Monte Cildá



FIGURA 13
Epígrafe monumental hallado en Monte Cildá

³⁹ García Guinea, Iglesias, Caloca (1973), pp. 47-48

⁴⁰ Ruiz (1993), pp. 184-209

⁴¹ *CIL*, II, 6304 a; García Guinea, González Echeagaray, San Miguel Ruiz, 1966, nº 40, p. 60.

⁴² No tenemos en cuenta la estela de Mesorina (Iglesias, 1976, nº 36), que también podría estar fechada por los cónsules en el año 200, ya que su lectura es excesivamente hipotética.

El primero es el epitafio al que ya hemos aludido de *Valerius Quadratus*, el cual presenta la fecha consular correspondiente al año 238 d. C. (figura 3)⁴³: *D(iis) M(anibus). / Val(erio) Quadrato / Boddi filio Vel/lic(um), an(norum) XL. Mali/a uxor Magilo/nis f(ilia) monime/ntu(m) posuit. / Fulvio Pio et Ponti/o [P]ro[culo Po]nt[ian]o.*

El segundo epígrafe tiene mayor interés, ya que arroja una fecha más moderna: 314 d. C. Se trata de una estela hallada en 1967 en el paramento interno de la muralla, al sur de la Torre III (figura 14)⁴⁴: *[D(iis)] M(anibus). / [.]ia Ant(istia ?), / [inno]centi / [mar]ito / [pien]tissi/[mo, a]n(norum) LXXX. / S(it) t(ibi)] t(erra) l(euis). / [. C]CCLII.*

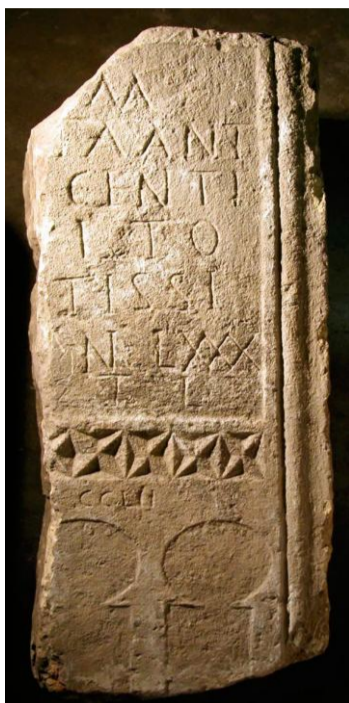


FIGURA 14

Estela de Monte Cildá datada en el año 314 d. C. (foto Museo de Palencia)

En un principio, en la última línea de este epígrafe se leyó el numeral *CCLII*. Posteriormente, R. C. Knapp propuso restituir la letra *C* inicial, de lo que resulta la interpretación de la fecha *CCCLII*⁴⁵. Esta lectura ha sido asumida también por J. M. Abascal en un reciente estudio sobre la era consular hispana⁴⁶.

En efecto, la lectura *CCLII* presenta el inconveniente de arrojar una fecha (214 d. C.) que se aparta bastante de los márgenes cronológicos hasta ahora documentados en el uso de la era consular: en los veintidós epígrafes datados por este sistema, las dataciones se sitúan entre el año 278 (Llenín, Cangas de Onís, Asturias) y el 497 (Canales, La Rioja). Por otra parte, hay que añadir que existen trazos de la *C* inicial que había pasado desapercibida por los primeros editores del epígrafe. Precediendo a la cifra de la fecha debió de constar la fórmula *aera consulari* expresada mediante abreviaturas⁴⁷.

Por último, debemos considerar el hallazgo en 1989 de una nueva estela datada por la era consular en Valoria de Aguilar, a menos de dos kilómetros de Monte Cildá. La inscripción presenta una fecha nueve años más moderna que la anterior (figura 15)⁴⁸: *D(is) M(anibus). / Allaugan/a filio suo / pientissim/o Sem(pronio) Pate/rno, an(n)o(um) I. o(n)s(ulatu) CCCLXI.*

⁴³ Vid. nota 6.

⁴⁴ García Guinea, Iglesias, Caloca (1973), nº 11, pp. 56-57; Iglesias, 1976, nº 65.

⁴⁵ Knapp (1986), nº 11 a, p. 138

⁴⁶ Abascal (2000-2001), nº 4, p. 270.

⁴⁷ Iglesias, Ruiz (2007), pp. 460-461.

⁴⁸ Nuño (1999), pp. 423-434.



FIGURA 15

Estela hallada en Valoria de Aguilar, datada en el año 323 D.C. dibujo J. Nuño)

Este epígrafe, rescatado del aparejo de una casa-torre del siglo XVII, posiblemente procede de Monte Cildá. De ser efectivamente así, estaríamos ante el *terminus post quem* más moderno, que nos permitiría datar la muralla con posterioridad al año 323 d. C. Aunque no sabemos cuánto tiempo pudo pasar entre la realización de estas estelas datadas y su aprovechamiento en la muralla, cabe imaginar como mínimo el paso de una generación, de manera que la obra se habría iniciado a fines del siglo IV o inicios de V.

Quedaría por determinar la fecha de la segunda parte de la muralla, donde no aparecieron inscripciones reutilizadas. A juzgar por la disposición de los paramentos, posiblemente ésta obedece a una reconstrucción o reforma de la primera y, como ya se ha indicado, podría situarse en época visigoda. En concreto, el lienzo entre las Torres III y IV parece haber tenido por objeto un adelantamiento de la línea de muralla en este punto. Asimismo, hay que recordar que los restos de paramento interno de la zona noreste, interpretados en un primer momento como parte de una muralla del siglo III, posiblemente también obedezcan a un refuerzo o engrosamiento del encintado originario.

Por otra parte, los materiales cerámicos y broches de cinturón hallados en Monte Cildá delatan la continuidad del hábitat en época visigoda y sugieren un mantenimiento de la muralla o bien un reforzamiento de la misma. La incorporación del territorio cántabro al reino visigodo de Toledo se produjo en torno al año 574, cuando tuvo lugar la toma de Amaya por el rey Leovigildo. Es posible que el asentamiento de Monte Cildá, una vez sometido, pasara a funcionar como un puesto de control del territorio y accesos a la Cordillera Cantábrica. A este respecto hay que recordar que existe información literaria acerca de levantamientos de vascones y, en menor medida de cántabros, que pudieron haber motivado el establecimiento por parte del poder visigodo de guarniciones militares ubicadas en puntos estratégicos como el de Monte Cildá⁴⁹. Este lugar, además, ha sido tradicionalmente identificado con la ceca visigoda de *Oliovasous* u *Olovasio*, nombre del que habría derivado el de *civitas Oliva*, citada en documentos medievales de los siglos XII y XIII⁵⁰

BIBLIOGRAFÍA

AE = *L'Année Epigraphique*, París, 1988 ss.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2000-2001): .La era consular hispana y el final de la práctica epigráfica pagana., *Lucentum*, XIX-XX, pp. 269-292.

ALBERTOS FIRMAT, M. L. (1975): *Organizaciones suprafamiliares de la Hispania antigua*, Valladolid.

Alonso Gregorio, O. A. (2004): .Sobre el hallazgo de un puñal biglobular en Monte Cildá (Aguilar de Campoo, Palencia): la panoplia militar indígena al servicio de Roma., *Sautuola*, 10, pp. 35-45.

ARCE, J. (1978): .La crisis del siglo III d. C. en Hispania y las invasiones bárbaras., *Hispania Antiqua*, 8, pp. 257-269.

⁴⁹ Ruiz (1999), pp. 453-462

⁵⁰ Fita (1891 b), pp. 441-458; Merchán (1982), pp. 290-291, 299-300 y 304-308

- CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum*, Berlín, 1863 ss. Vol. II = E. Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlín, 1869; *Supplementum*, Berlín, 1892.
- DEL VAL, J.; ESCRIBANO, C. (2005): .La conservación y valoración social del Patrimonio Arqueológico en Castilla y León. Arquitectura militar en época romana., en C. Pérez-González, E. Illarregui (coords.), *Actas del Congreso Arqueología militar romana en Europa* (Segovia, 2001), Salamanca, 2005, pp. 123-129.
- DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A.; Nuño González, J. (1997): .Reflexiones sobre los sistemas defensivos tardoantiguos en la Meseta norte. A propósito de la muralla de El Cristo de San Esteban, Muelas del Pan (Zamora)., en R. Teja, C. Pérez (eds.), *Actas del Congreso Internacional La Hispania de Teodosio* (Segovia-Coca, 1995), Salamanca, 2, pp. 435-449.
- Eph.Ep.* = *Ephemeris epigraphica*. Vol. VIII-IX = E. Hübner, *Additamenta nova ad corporis volumen II*, Berlín, 1899-1903.
- ERCan = Iglesias, J. M.; Ruiz, A. (1998): *Epigrafía romana de Cantabria*. PETRAE Hispaniarum, nº 2, Burdeos-Santander.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1997): *La muralla romana de Gijón (Asturias)*, Madrid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; Morillo Cerdán, A. (1991): .Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica (Primera parte)., *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, pp. 227-259.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; Morillo Cerdán, A. (1992): .Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica (Segunda parte)., *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 19, pp. 319-360.
- FITA, F. (1891 a): .Inscripciones cantábricas., *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 18, pp. 290-296.
- FITA, F. (1891 b): .El Monte Cildad y la ciudad de Oliva., *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 18, pp. 441-458.
- FITA, F. (1892): .Noticias., *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 20, pp. 537-544.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1997): .Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V., en R. Teja, C. Pérez (eds.), *Actas del Congreso Internacional La Hispania de Teodosio* (Segovia-Coca, 1995), Salamanca, 2, pp. pp. 477-496.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1966): .*Tessera hospitalis* del año 14 de la era hallada en Herrera de Pisuerga., *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 159, pp. 149-166.
- GARCÍA GUINEA, M. A.; González Echegaray, J.; San Miguel Ruiz, J. A. (1966): *Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia). Campañas de 1963-1965*. Excavaciones Arqueológicas en España, 61, Madrid.
- GARCÍA GUINEA, M. A.; Iglesias Gil, J. M.; Caloca, P. (1973): *Excavaciones de Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia). Campañas de 1966 a 1969*. Excavaciones Arqueológicas en España, 82, Madrid.
- IGLESIAS GIL, J. M. (1976): *Epigrafía Cántabra. Estereometría, decoración, onomástica*, Santander.
- IGLESIAS GIL, J. M.; Muñiz Castro, J. A. (1992): *Las comunicaciones en la Cantabria romana*, Santander.
- IGLESIAS GIL, J. M.; Ruiz Gutiérrez, A. (2007): .La muralla tardoantigua de Monte Cildá (Aguilar de Campoo, Palencia)., en A.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, I. Rodá de Llanza, *Actas del Congreso internacional: Murallas de ciudades romanas en el Occidente del Imperio. Lucus Augusti como paradigma (Lugo, 2005)*, Lugo, pp. 451-465.
- KNAPP, R. C. (1986): .Cantabria and the *Era consularis*., *Epigraphica*, 48, pp. 115-146.
- MERCHÁN FERNÁNDEZ, C. (1982): *Sobre los orígenes del régimen señorial en Castilla. El abadengo de Aguilar de Campoo (1020- 1369)*, Málaga.
- MORO, R. (1891): .Exploraciones arqueológicas., *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 18, pp. 426-440.
- NUÑO GONZÁLEZ, J. (1999): .Lápida de Sempronio Paterno, muerto en la era CCCLXI., *Sautuola*, 6, pp. 423-434.
- NUÑO GONZÁLEZ, J.; Domínguez Bolaños, A. (2002): .Aspectos militares del castro del Cristo de San Esteban, en Muelas del Pan (Zamora). Un asentamiento en la frontera sueva-visigoda., en I. C. Ferreira Fernández (coord.), *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*. *Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos (Palmela, 2000)*, Lisboa, pp. 105-120.
- PERALTA LABRADOR, E. (1993): .La *tessera* cántabra de Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia)., *Complutum* 4, pp. 223-226.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. (1989): *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia, España)*. *La terra sigillata*, Santiago de Chile.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. (1999): .*Pisoraca* (Herrera de Pisuerga): urbanismo militar y civil de época romana., en A. Rodríguez Colmenero (coord.), *Los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico*, I, Lugo, 1999, pp. 535-558.
- RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1993): *Estudio histórico-arqueológico de Monte Cildá (Aguilar de Campoo, Palencia)*, Universidad de Cantabria, Santander (tesis doctoral publicada en microforma).
- RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1999): .Notas sobre la dominación visigoda en Cantabria, en J. González (ed.), *Actas del III Congreso Andaluz de Estudios Clásicos (Sevilla, 1994)*. *El mundo mediterráneo (siglos III-VII)*, Madrid, pp. 453-462.
- SCHULTEN, A. (1942): .Castros prerromanos de la región cantábrica., *Archivo Español de Arqueología*, 16, pp. 1-16.